

UNA NAVIDAD CRISTIANA

CEU VIRGEN NIÑA 2ºESO A.30

Todo comenzó con aquel último portazo en la cara.

De hecho, era el sexto del día.

Y, de hecho, todo había comenzado mucho antes, con una niña que dejó de ser niña y con una casa que nunca fue un hogar. Esta es la historia de esa niña y de cómo buscó un hogar.

Recapitulando, el frío de diciembre arañaba la piel de Arlet y entumecía su nariz recién golpeada por aquella puerta, todo ello mientras el ya familiar granizo martilleaba el empedrado en una aparentemente triste y gris Nochebuena.

Tras seis rechazos, ya había perdido la esperanza, pero no el miedo a regresar a su casa que la atenazaba desde que tenía memoria. Hacía tiempo que Arlet tenía decidido que aquel año sería diferente, y para ello se vio obligada a probar suerte en distintas casas del pueblo en el que se había criado. Comenzó a caminar con la cabeza gacha, vagando sin rumbo por las calles, tratando de alejarse lo máximo posible del nº47 de la calle Emilio Marcos, y con ello de la única cama en la que había dormido y a la que no pensaba volver.

Para su sorpresa, sus pies la condujeron a una iglesia a la que ya solo acudían las ancianas más devotas. Ella jamás la había pisado. Ciertamente sabía quién era Dios, pero jamás gozó de la oportunidad de conocerlo. De todas formas, los soportales de ésta constituían un pequeño refugio contra la implacable furia de las nubes, y mientras durase el servicio, habría luz y algo de calor, así que no era un mal momento para parar, reflexionar y descansar.

Incluso desde fuera podía escuchar cómo recitaban los Evangelios, así que, para sentir algo de compañía, se concentró en las palabras del cura Don Gabriel. Palabra tras palabra, comenzó a enamorarse de aquel que dio la vida por nosotros a quien llamaban Cristo, descubriendo así que era su nacimiento el que se conmemoraba. Su espíritu comenzó a henchirse de felicidad y plenitud conforme fue conociéndolo más y más, hasta que Don Gabriel invitó a todos los fieles a orar.

Arlet se atrevió entonces a juntar las manos, cerrar los ojos y abrir el corazón:

‘Por favor, por favor...’ comenzó a rogar.

‘Por favor, por favor...’ pedía un milagro.

‘Por favor, por favor...’ mientras unas fugitivas lágrimas rodaban hasta el suelo, inadvertidas.

‘Por favor, por favor...’ tan ensimismada que no advirtió que la misa había terminado.

‘Por favor, por favor...’ hasta que por fin abrió los ojos y vislumbró a Don Gabriel a su lado observándola.

No le hizo pregunta alguna al principio, simplemente la animó a resguardarse con él en el interior de la Iglesia, cosa que la chica agradeció con gusto. Nada más cruzar el umbral, se inundó de la luz, las pinturas, el olor a cera e incienso y el calor familiar que aquella pequeña capilla de pueblo le transmitía.

Sentados en un banco a los pies del altar, le preguntó por su historia. La chica, en deuda, accedió y procedió a relatarle con pelos y señales toda su infancia y los inicios de su adolescencia durante la siguiente hora. El sacerdote se compadeció de Arlet, y le ofreció pasar el resto de las vacaciones con él en su casa. Ella respondió con un agradecimiento inmenso.

Ya en la humilde casa de Gabriel, el mayor se encargó de acomodarla lo mejor posible, le prestó algunos pijamas y dividió una cena que en principio se hubiera comido él solo, alegrándose internamente de tener compañía aquella Navidad.

Este hecho no pasó desapercibido a los ojos de Arlet, quien le preguntó por el tema. Recibió respuesta mientras cenaban, y su primer impulso fue ir a abrazar a Gabriel como lo harían padre e hija, abrazo que reconfortó a Gabriel en lo más profundo de su alma como sólo Dios había sido capaz.

Se quedaron hasta bien entrada la noche, hablando y cantando villancicos. En cuanto las doce campanadas resonaron en sus tímpanos, decidieron que era hora de descansar, para al día siguiente poder afrontar con energía una feliz Navidad.

Mientras que la chica, exhausta, cayó dormida al instante; el cura se desveló dándole vueltas a una idea.

A la mañana siguiente, Gabriel despertó a Arlet temprano para que lo acompañaran al desayuno solidario de Navidad en el banco de alimentos. Después se prepararon para ir a la iglesia a ofrecer la misa tradicional navideña, pero, en plena ceremonia, el sacerdote sacó la pila bautismal y llamó a la joven al altar. Tras explicarle en qué

consistía un bautismo, la emoción era notable en los ojos de la chica. Comenzó el procedimiento y la joven se sintió plena, feliz y renovada.

En cuanto terminó la misa, volvieron a la casa de Gabriel. Allí, el hombre había organizado como todos los años una comida para todos aquellos que no tenían la suerte de contar con un techo ni alimentos. Arlet la disfrutó enormemente, y decidió que el resto de su vida la consagraría a su recién adquirida fe y a ayudar a los demás.

Ese fue el año en el que todos descubrieron el verdadero significado de una Navidad cristiana.